

se emplease la fuerza. Había enviado á España, además de la división de observacion de los Pirineos Occidentales, la reserva de infanteria provisional del general Verdier, la división provisional de caballeria del general Lasalle, y nuevos destacamentos de la guardia imperial á caballo. Reunidas todas estas tropas á las órdenes del mariscal Bessieres, debian ocupar Castilla la Vieja, y asegurar la espalda del ejército. Inmediatamente mandó al mariscal Bessieres y á Murat que no titubeasen, y con un simple aviso del general Savary, se apoderasen del príncipe de Asturias; que publicasen la protesta de Carlos IV, y declarasen al mismo tiempo que solo él era el monarca legítimo, y que su hijo no tenia otro carácter que el de un usurpador que había promovido la revolucion de Aranjuez para opoderarse del trono. Sin embargo, si Fernando VII consentia en pasar la frontera é ir á Bayona, Napoleon aprobaba el dictamen de Murat de no devolver á Carlos IV el cetro que le habian de quitar en breve, y encaminar simplemente hácia Bayona á los ancianos soberanos, puesto que ellos mismos habian manifestado que lo deseaban. Tambien les recomendó mucho que en cuanto Fernando VII pasase la frontera, hiciesen que les fuese entregado el príncipe de la Paz, de grado ó por fuerza, y le enviasen á Bayona. Estas fueron las disposiciones que debian concluir por la violencia, sino terminaba por la astucia, la tenebrosa trama urdida contra la corona de España. (1).

(1) Mi narracion se halla conforme con las minutas de las órdenes que existen en el Louvre.

Después de comunicar estas órdenes, y de enviar al general Savary á Vitoria, Napoleon se propuso fijarse en Bayona de modo que su permanencia se dilatase algunos meses. Esperaba recibir allí, además de la emperatriz Josefina, gran número de príncipes y princesas, y con este motivo tenia que dejar disponibles las habitaciones que ocupaba en lo interior de la ciudad. En aquel pais, uno de los mas atractivos de Europa, y en que Napoleon ha dejado desgraciadamente recuerdos menos gratos que en Egipto, Italia, Alemania y Polonia; en aquel pais lleno de hermosos collados, regado por el Adour, coronado por los Pirineos, y cuyo horizonte termina en el mar, existia á una legua de Bayona un palacio de arquitectura regular, de origen incierto, construido, según se cree, para una de aquellas princesas que la Francia y la España se daban antiguamente en matrimonio, colocado en medio de un delicioso jardin, en la situación mas risueña del mundo, y con un sol tan brillante como el de Italia. Napoleon quiso poseerle inmediatamente: para satisfacer su deseo no se necesitaban por fortuna, ni las astucias ni violencias que en aquellos momentos costaba la corona de España. Se le vendieron con mucho gusto por cien mil francos, y se le adornó apresuradamente con los recursos que ofrecia el pais, y el jardin se convirtió en un campo para las tropas de la guardia imperial. Napoleon se trasladó allí el dia 17 y dejó libres las habitaciones que ocupaba en Bayona, para que se alojase en ellas la familia real de España que esperaba ver allí reunida bien pronto.

El general Savary que marchó con toda diligencia á Vitoria, encontró á Fernando rodeado no

solo de los consejeros que lo habian seguido, sino de otros muchos personajes de importancia que habian acudido á ofrecerle sus servicios y homenajes. Entre estos últimos se hallaba uno de la mayor consideracion, el antiguo primer ministro Urquijo, que tan brutalmente cayó en desgracia en 1802, cuando prevaleció definitivamente la influencia del príncipe de la Paz, y que desde entonces vivia retirado en Vizcaya, su patria. Dotado el señor de Urquijo de un talento penetrante y de cierta firmeza de espíritu, aunque de carácter triste, habló á Fernando á presencia de sus consejeros, con el lenguaje de un hombre de estado sabio y experimentado. Le dijo que aquel viage era imprudente en extremo si llegaban á pasar la frontera; que tocante á las consideraciones y respetos se habia hecho cuanto podia desear el mas grande é ilustre de los soberanos, saliéndole á recibir hasta los límites del reino: que ir mas lejos era faltar á la dignidad de la corona española, y cometer un acto de la mas insigne necedad: que si hubieran leído atentamente la narracion del motin de Aranjuez, publicada en el periódico oficial del imperio (el *Monitor*), se habria traslucido en ella la intencion de desacreditar al nuevo rey, de disputarle su título é inspirar interés por el antiguo monarca, lo cual descubria que se habia adoptado el partido de rechazar al uno como usurpador, y al otro como incapaz de reinar: que si se hubiese observado bien la política de Napoleon con respecto á España de algun tiempo á aquella parte, se hubiera descubierto el proyecto de deshacerse de la casa de Borbon, y de hacer que la Península entrase en el sistema del imperio francés: que

la indiferencia que se habia afectado á la proclama del príncipe de la Paz, unida al esmero en diseminar las fuerzas españolas navales y terrestres haciendo que las unas se dirigiesen á los puertos de Francia y las otras al Norte, revelaba hasta la evidencia el proyecto de vengarse á la primera ocasion, y que la reunion de tantas tropas en el Mediodia, despues de concluidos los negocios del Norte, no podian ya dejar duda alguna sobre el particular.

Al oír aquellas reflexiones, los señores Muzquiz y Labrador, que habian aprendido en las córtes estrangeras á formar ideas exactas de la política general dieron muestras de aprobacion, pero se hizo muy poco caso de su parecer. Los consejeros que gozaban de mas crédito, eran el mediano y versátil Cevallos, que ocultaba su doblez con la violencia, que no perdonaba al señor Urquijo los disgustos que habia tenido con hombre tan eminente, porque habia sido el agente subalterno de su desgracia, y por consiguiente se hallaba poco dispuesto á adoptar sus ideas, y despues los dos confidentes íntimos del príncipe, el duque del Infantado y don Juan Eseoiquiz, que soñaban siempre con un reinado venturoso bajo su benéfica influencia, y que rechazaban todo cuanto contrariaba aquel dorado sueño de su vanidad. Ni unos ni otros querian admitir que habian comenzado y llevado muy adelante la mas fatal de las imprudencias. Les costaba mucho creer que aquel paso fuese origen de una larga série de infortunios, en vez de serlo de prosperidades. Asi es que calificaron las observaciones del señor Urquijo de siniestras profecias propias de un hom-

bre á quien las desgracias habian hecho de un carácter melancólico.—Qué, gritó el duque del Infantado con la mas estraña seguridad, ¿qué un héroe rodeado de tanta gloria se rebajaria hasta el punto de cometer la mas vil de las perfidias?—No conocéis á los héroes, respondió con amargura y desprecio el señor Urquijo: ¿no habeis leído á Plutarco?... pues leedle y vereis que los mas grandes de todos han cimentado su grandeza sobre montones de cadáveres. Especialmente los fundadores de dinastías, ¿no han construido casi siempre el edificio de su fortuna sobre la perfidia, la violencia y la usurpacion?... Nuestro Carlos V ¿qué fué lo que hizo en Alemania, Italia y aun en España?... y eso que no me remonto á los príncipes mas malos. La posteridad solo atiende á los resultados. Si los autores de tantos actos criminales han fundado grandes imperios, y hecho á los pueblos poderosos y felices, se cuida bien poco de los príncipes que fueron despojados, y de los ejércitos sacrificados.—Como el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz insistiesen en la reprobacion á que se espondria Napoleon si usurpaba la corona, en la sublevacion que produciria en España y en Europa, y en la larga y obstinada guerra que se atraeria, el señor Urquijo les contestó que la Europa no habia sabido hasta entonces mas que dejarse batir por los franceses: que las coaliciones mal dirigidas, trabajadas por divisiones intestinas, no tenian ninguna probabilidad de buen éxito; que solo una potencia, el Austria, se hallaba en disposicion de presentar una batalla, pero que aun con el apoyo de la Inglaterra, seria derrotada, y pagaria su resistencia con nuevas

pérdidas de territorio; que la España podria hacer muy bien la guerra de partidas, pero que en el fondo, su papel se limitaria á servir de campo de batalla á los ingleses y franceses que la talarian horriblemente, y que las colonias se aprovecharian de la ocasion para sacudir el yugo de la metrópoli; que si Napoleon sabia contenerse en sus miras de engrandecimiento, y dar buenas instituciones á los países sometidos á su sistema, se estableceria él y su dinastía de un modo duradero; que unidos los pueblos de la Península á los de Francia por toda especie de intereses, cuando viesen que no se batian por la causa de la nacion sino por la de una familia, concluirian por adherirse á un gobierno civilizador; que las dinastías que habian regenerado la España siempre habian venido de fuera; que bastaba que Napoleon reuniese á su talento un poco de prudencia, para que los Borbones perdiesen definitivamente su causa; que en todo caso oprimiria á la España un diluvio de males, y sufriria indudablemente la pérdida de sus colonias; que era preciso no meterse en las redes de Napoleon y retroceder cuanto antes; que si no se podia hacerlo se debia distrazar al rey, y llevarle á Madrid ó á las provincias del Mediodia, y que alli colocado al frente de la nacion, tendria mas probabilidades de tratar con Napoleon con condiciones mucho mas aceptables.

Es muy raro que un hombre de estado penetre en el porvenir tan profundamente como lo hizo en aquella ocasion el señor Urquijo. No obtuvo, sin embargo, mas que la desdenosa sonrisa de la ignorancia obcecada, y despechado marchó inmediatamente sin querer acompañar al rey que le

pedia continuáse dándole consejos, aunque todos los rehusaba.—Si deseais, dijo, que vaya solo á Bayona á discutir, negociar y hacer frente al enemigo comun mientras os retirais á lo mas alejado de la Península, lo haré con mucho gusto; pero de otro modo, no quiero acompañandoos empañar mi reputacion, único bien que me ha quedado en mi infortunio, y en medio de las desgracias de nuestra patria comun.

Viéndose desatendido el señor Urquijo, se retiró al instante, y dejó entregados á sí mismos á los consejeros de Fernando, siempre obstinados, aunque un poco turbados con las siniestras previsiones de un hombre previsor y recto. Como el general Savary acudió con la carta de Napoleon en la mano, volvieron á recobrar la confianza en sus propias luces y en su suerte. Aquella carta, en cada una de cuyas líneas hubieran debido descubrir una intencion oculta y amenazadora, por que la estraña pretension de quererse constituir en juez de las desavenencias suscitadas entre el padre y el hijo, no podia revelar mas que la voluntad de condenar á uno de los dos, y evidentemente al que era mas capaz de reinar; aquella carta, lejos de abrirles los ojos, no hizo mas que ofuscarles mas. Nada les hizo tanta impresion como el pasage en que Napoleon decia que necesitaba le tranquilizasen acerca de los acontecimientos de Aran juez, que esperaba quedar satisfecho en la entrevista con Fernando VII, y que despues no tendria ninguna dificultad en reconocerle por rey de España. Esta promesa vaga volvió á renovar todas sus ilusiones, pues vieron en ella la certidumbre de ser reconocidos al dia siguiente de llegar

á Bayona, y tuvieron la sencillez de preguntar al general Savary, si no debia interpretarse asi la carta de Napoleon: á lo que contestó que hacian muy bien en entenderla de aquella manera, porque no queria decir otra cosa. Asegurados de este modo, resolvieron salir el 19 por la mañana de Vitoria para pernoctar en Irun, haciendo que los precediese un enviado que anunciase su llegada á Bayona. Es preciso añadir, que las tropas del general Verdier, reunidas en Vitoria, y que los cercaban por todas partes, no los hubieran dejado la libertad de elegir, si hubiesen pensado obrar de otro modo. Pero ellos no lo percibieron porque estaban obcecados y no conocian el peligro.

Mas el pueblo de las provincias inmediatas que habia corrido en tropel á ver á Fernando VII, no opinaba como sus consejeros acerca de su situacion. El señor Urquijo habia repetido á todo el que llegaba, lo que habia dicho en la córte de Fernando. Sus palabras habian sido bien acogidas, y una multitud de vasallos fieles se reunió para impedir la salida de su jóven rey. El 19 por la mañana, dia señalado para emprender la marcha, y cuando los coches estaban ya esperando, estalló repentinamente un tumulto popular. Un gran número de paisanos armados, que ya hacia muchos dias dormian á la puerta ó en el zaguan del alojamiento del rey, manifestaron la intencion de oponerse al viage. Uno de ellos armado con una hoz, cortó los tirantes y guarniciones de los carruages, y desenganchó las mulas que volvieron á la caballeriza. Este incidente podia producir una colision con las tropas francesas encargadas de escoltar á Fernando; pero afortunadamente la infanteria se

hallaba en sus cuarteles con las armas cargadas, y la artillería con mecha encendida. Unicamente la caballería de la guardia era la que estaba en la plaza en donde se hallaban los carruages, a cierta distancia de los grupos, sable en mano, y en una inmovilidad amenazadora. Los consejeros de Fernando que temian que un rompimiento pudiese perjudicar á su causa, enviaron al duque del Infantado para que hablase al pueblo. El duque, que gozaba de gran consideracion, penetró por medio de la multitud, consiguió calmarla, invocando el respeto debido á la voluntad real, y afirmó que si se hacia el viage á Bayona, era porque tenian la seguridad de regresar pasados pocos dias con el reconocimiento de Fernando, y la renovacion de la alianza francesa. El pueblo se apaciguó mas bien por respeto que por conviccion. Volvieron á engancharse las mulas sin obstaculo, y Fernando VII subió al coche saludando á la multitud que le devolvió el saludo con aclamaciones, entre las que se oyeron algunos gritos de cólera y de compasion. Los brillantes escuadrones de la guardia imperial, partieron al galope y rodearon los carruages, como para prestar homenaje al que conducian prisionero. Asi emprendió su marcha aquel principe inepto, engañado por sus propios deseos mucho mas que por la habilidad de su adversario; engañado como si fuera el mas sencillo y el mas leal de los principes de su tiempo, cuando era uno de los mas disimulados y menos sinceros. El pueblo español le vió alejarse con dolor y con desprecio, diciendo que en lugar de su rey veria bien pronto al extranjero apoyado en ejércitos formidables.

Fernando VII durmió en Irun, con ánimo de

pasar la frontera francesa al dia siguiente. El 20 por la mañana atravesó efectivamente el Bidasoa, y quedó muy sorprendido al no encontrar para recibirle mas que los tres grandes de España, que regresaban de su mision cerca de Napoleon, y que despues de verle tenian los mas tristes presentimientos. Pero ya no era tiempo de retroceder; se habia pasado el puente del Bidasoa, y era preciso sumirse en el abismo que no se habia sabido divisar antes. Al aproximarse á Bayona, el principe encontró á los mariscales Duroc y Berthier enviados para complimentarle, pero que no le dieron mas título que el de principe de Asturias. Hasta entonces no habia nada alarmante, porque el tema de la politica de Napoleon, era no reconocer lo que pasó en Aranjuez hasta que mediase una explicacion. Podia, pues, esperarse todavia algunas horas sin gran zozobra.

Cuando llegó á Bayona Fernando encontró algunas tropas sobre las armas, y muy poca concurrencia, porque nadie sabia su llegada. Fué conducido á un edificio muy diferente de los magnificos palacios de España; pero el único de que se podia disponer en la ciudad. Apenas habia bajado del coche, cuando Napoleon, que habia acudido á caballo desde su quinta de Marac, le hizo la primera visita. El emperador de los franceses abrazó al principe español con las esterioridades de la mayor cordialidad, dandole siempre el título de principe de Asturias, lo cual no era mas que la continuacion de un tratamiento convenido, y se despidió pasados algunos minutos, bajo pretexto de dejarle descansar, sin decirle nada que pudiera dar lugar á ninguna especie de interpretacion. Una

hora despues se presentaron dos empleados de palacio á convidar al príncipe y su séquito á comer en el palacio de Marac. Fernando se trasladó á él, en efecto, al declinar el dia, seguido de su pequeña córte, y fué recibido de la misma manera, es decir, con una finura estudiada, pero con una estremada reserva en cuanto á la política. Despues de la comida, el emperador conversó de un modo general con Fernando y sus consejeros, y descubrió inmediatamente en la inmovilidad del rostro del jóven rey, y en el silencio que guardaba habitualmente, una medianía que no estaba exenta de bellaqueria; en los discursos del preceptor Escoiquiz, un talento cultivado, pero extraño á la política; y en fin, en la gravedad del duque del Infantado un hombre honrado, que se daba á respetar mas de lo que era preciso, porque una gran ambicion sin talento, era lo que formaba su mérito. Napoleon, despues de conocer con una sola mirada la clase de gente con quien tenia que habérselas, los despidió á todos bajo pretexto del cansancio del viage, pero retuvo al canónigo Escoiquiz manifestando el deseo, que era una orden, de conversar algun rato con él. Dejó al general Savary el cuidado de decir al príncipe de Asturias, lo que él mismo iba á hacer entender al preceptor, con quien preferia abocarse porque suponía en él mas talento.

Pesábale doblemente su secreto, porque hacía largo tiempo que le guardaba, y porque aquel secreto era una perfidia, género de maldad extraño á su corazon. Necesitaba franquearse con el menos ignorante de los consejeros de Fernando, de excusarse en cierto modo por la franqueza que em-

plearia al esponer sus designios, y por la confesion pura y sencilla de los motivos de alta política que le impulsaban á obrar así. Principió adulando al canónigo, diciéndole que sabia era hombre de talento, y que con él podia hablar francamente. Despues, sin mas preámbulo, y como impaciente por desahogar su oprimido corazon, le declaró que habia hecho venir á los príncipes de España, padre é hijo, para quitarles la corona de sus abuelos: que hacia ya muchos años estaba viendo las traiciones de la córte de Madrid; que no habia manifestado nada; pero que desembarazado ya de los negocios del Norte, queria arreglar los del Mediodía; que necesitaba de la España para sus designios contra la Inglaterra, y que la España le necesitaba á él para recobrar su grandeza; que sin él yaceria eternamente en la postracion y el abatimiento bajo el gobierno de una dinastía incapaz y degenerada; que el anciano Carlos IV era un rey imbécil, y que su hijo, aunque jóven, lo era poco menos, y no tan leal; y como prueba de ello podia citarse la revolucion de Aranjuez, cuyo secreto conocian en Paris, sin necesidad de ir á Madrid para averiguarlo: que con semejantes soberanos, la España no conseguiria jamás la regeneracion moral, administrativa y política que necesitaba para recobrar su rango entre las naciones; que él, por su parte, no encontraría nunca en los Borbones mas que perfidia y falsa amistad; que tenia demasiada esperiencia para creer en la eficacia de los matrimonios; que una princesa de un talento privilegiado, era un tesoro que no se hallaba siempre á su disposicion; que aun cuando tuviese alguna, no sabia si ejerceria influencia sobre aquel príncipe ta-

citurno y vulgar, cuyo talento, si acaso le tenia, consistia únicamente en el arte de disimular; que era conquistador, fundador de dinastías y se veia obligado á despreciar consideraciones secundarias, para llegar á su objeto colocado á una altura inmensa; que no era inclinado al mal y le repugnaba mucho hacerlo, pero que cuando pasaba su carro era preciso no ponerse bajo sus ruedas; por último, que su partido estaba ya tomado, que iba á quitar á Fernando VII la corona de España, pero que deseaba suavizar el golpe, ofreciéndole una indemnizacion; que se la tenia preparada y elegida como la mas conveniente á su reposo; que esta era la hermosa y pacífica Etruria, adonde iria á reinar al abrigo de las revoluciones europeas, y en donde seria mas dichoso que en el centro de su España, trabajada por el espíritu agitador de la época, y que solo un principe hábil, podia domar, constituir y hacer prosperar.

Al pronunciar tan atrevido discurso, Napoleon se habia manifestado alternativamente dulce, acariciador é imperioso, y habia llevado hasta el último término el cinismo de la ambicion. El pobre canónigo se hallaba confundido. El honor de verse lisonjeado, siendo un simple canónigo de Toledo, por el mas grande de los hombres, luchaba en su corazon con el pesar de oír semejantes declaraciones. Estaba anonadado, estupefacto, y sin embargo, no perdió su habilidad de disertar, de la cual hizo uso con Napoleon, que escuchándole quiso recompensar sus penas.

El desgraciado preceptor se esforzó en justificar á la casa de Borbon, con el gefe de la familia Bonaparte. Le recordó que en los momentos de los

mayores horrores de la revolucion francesa, la córte de España no declaró la guerra hasta despues de la muerte de Luis XVI; que habia aprovechado la primera ocasion de volver al sistema de paz, y del sistema de paz al de alianza entre los dos estados; que luego prodigó á la Francia sus escuadras, sus ejércitos y sus tesoros; que si no habia servido mejor, no era por falta de voluntad, sino por no saber; que no debía culparse mas que al principe de la Paz, pues solo era causa de todos los males de España, y de su impotencia como aliada; que este detestable favorito se encontraba ya alejado del trono para siempre, y que bajo el gobierno de un jóven principe adicto á Napoleon, por los lazos del reconocimiento y los del parentesco, y dirigido por sus consejos, la España no tardaria en regenerarse, volveria á recobrar el rango que debia conservar, y prestaria á la Francia todos los servicios que esta podia esperar de ella, sin costar ningun esfuerzo ni sacrificio; que en caso contrario, la España opondria una resistencia desesperada auxiliada por los ingleses, y tal vez por una parte de la Europa; y finalmente, que se perderian las colonias, lo cual seria un mal para la Francia y la España, y se imprimiria una mancha indeleble en la brillante gloria del reinado.—Mala política es la vuestra, señor canónigo; mala política, contestó Napoleon con sonrisa benévola, pero irónica. Vos mismo, con vuestro despejado talento, no dejariais de condenarme si desperdiciase la única ocasion que me ofrecen la sumision del continente, y la angustiosa situacion de la Inglaterra, para concluir la ejecucion de mi sistema. Vuestros Borbones solo me han servido á su pesar, y siempre han estado

dispuestos á hacerme traicion: por mas que digais, me conviene mucho un hermano mio. La regeneracion de España es imposible con principes de una antigua casa, que siempre será, aun contra su gusto, el apoyo de inveterados abusos. Mi partido está irrevocablemente tomado; es preciso llevar á cabo esta resolucion. La España no perderá ni una aldea; conservará todas sus posesiones: he tomado mis precauciones para conservarla todas sus colonias.

En cuanto á vuestro príncipe será indemnizado si se somete con resignacion á la fuerza de las cosas. A vos corresponde el valeros de vuestra influencia para disponerle á que acepte la indemnizacion que le tengo reservada. Sois bastante instruido para comprender que en esto no hago mas que seguir las leyes de la verdadera política, la cual tiene sus exigencias y rigores inevitables.

Al decir estas y otras cosas en un language en que se descubria el pesar, mas bien que los remordimientos de semejante despojo, Napoleon se mostraba dulce, amistoso, y muchas veces se permitió los gestos mas familiares con el pobre preceptor, cuya elevada estatura formaba con la suya un singular contraste. Asustado de aquella inflexible resolucion el canónigo Escoiquiz, con las lágrimas en los ojos, se estendió en enumerar las virtudes de su jóven príncipe; procuró justificar á Fernando VII de la revolucion de Aranjuez, y trató de probar que Carlos IV habia abdicado voluntariamente, y que por consecuencia la autoridad de Fernando VII era legitima, á lo que Napoleon replicando con una sonrisa de incredulidad, le dijo que lo sabia todo, que la revolucion de Aranjue

no habia sido tan natural como queria persuadirle; que Fernando VII habia cedido á una impaciencia culpable, pero que no se habia atrevido á declarar abierta una sucesion que no debia recoger, y que por haber tratado de reinar demasiado pronto, no ocuparia el trono. Viendo el canónigo que no conseguia ablandar á Napoleon con la pintura de las virtudes de Fernando VII, intentó conmovérle hablándole de la situacion de sus desgraciados consejeros, y del papel que harian ante la España, la Europa y la posteridad, que quedarian sin honra por haber creído en la palabra de Napoleon que los habia llevado á Bayona, haciéndoles esperar que iba á reconocer al nuevo rey, y que se los acusaria de ineptitud ó de traicion, cuando no habian cometido mas yerro que fiarse en la palabra de un grande hombre.—Sois hombre de bien, repuso Napoleon, y vos particularmente un excelente preceptor, que defendeis á vuestro alumno con un celo saludable. Se dirá que habeis cedido á una fuerza superior: ni vos ni la España podriais resistirme. La política, la política, señor canónigo, debe dirigir todos los actos de un personaje como yo. Volved al lado de vuestro príncipe y disponedle á ser rey de Etruria, si todavia quiere ser rey en alguna parte, porque podeis asegurarle que ya no lo será en España.

El desgraciado preceptor de Fernando VII, se retiró conternado, y encontró á su discipulo tan sorprendido y desconsolado como él, por la conversacion que acababa de tener con el general Savary. Este, sin cuidarse mucho de la forma, y sin valerse de ninguna de las aclaraciones que en boca de Napoleon eran en cierto modo unas excusas,



habia hecho entender á Fernando VII que era preciso renunciar á la corona de España, y aceptar la Etruria como indemnizacion del patrimonio de Carlos V y de Felipe V. Grande fué la agitacion de aquella córte, que hasta entonces no habia visto claramente su suerte. Agrupáronse todos en derredor del principe, hubo sollozos, arrebatos, y predispuestos como lo estaban á no creer su desgracia, concluyeron por persuadirse que era una farsa de Napoleon, porque no les parecia posible que quisiera tocar á una persona tan sagrada como la de Fernando VII, á una cosa tan inviolable como la corona de España, y que sin duda habia proferido tan terrible amenaza para obtener alguna gran parte de territorio, ó la cesion de alguna colonia importante; en una palabra, que queria asustar y nada mas. Opinaron, pues, que para triunfar no habia mas que no ceder á aquella intimidacion: por consiguiente decidieron resistir y rechazar todas las proposiciones de Napoleon. El señor de Cevallos fué el encargado de tratar con Mr. de Champagny bajo la base de una negativa absoluta.

Al dia siguiente el señor Cevallos fué al palacio de Marac para tener una conferencia con Mr. de Champagny. Este hombre cuya bajeza corria parejas con su arrebató, hablo á Mr. de Champagny con una violencia que no era valor, porque allí sólo corrian peligro las coronas, y de modo alguno las personas. A este tiempo llegó Napoleon, y como oyera sus últimas palabras le dijo:—¿Qué habláis de fidelidad á los derechos de Fernando VII, vos que debiérais haber servido fielmente á su padre de quien erais ministro, que le abandonásteis por un hijo usurpador, y que en todo

esto no habeis desempeñado nunca mas que el papel de un traidor?—El señor de Cevallos, á quien podia haber dirigido con justicia aquellas palabras el que no tuviera que acusarse de nada, se retiró al lado de su nuevo soberano para referirle lo que habia pasado. Los que rodeaban á Fernando, juzgaron que semejante negociador no tenia ni bastante autoridad moral, ni suficiente destreza para defender los derechos de su soberano, y se encargó aquella comision al señor Labrador, que en diferentes embajadas habia aprendido á tratar los grandes intereses de la politica con la reserva necesaria. La base de las negociaciones fué siempre la misma; el derecho inagenable é imprescriptible de Fernando VII á la corona de España, ó en defecto del suyo, el de Carlos IV, único rey legítimo si Fernando no lo era.

Napoleon estaba algun tanto incomodado con aquella resistencia, pero esperaba que cederia bien pronto ante la necesidad, y sobre todo ante Carlos IV, que acudia tambien á hacer valer sus reclamaciones, mucho mas motivadas que las de Fernando VII; porque si era cierto que Murat le habia sugerido la idea de protestar contra su abdicacion, no lo era menos que aquella abdicacion habia sido el resultado de una coaccion moral ejercida sobre su carácter débil, y que tenia fundamento para reclamar la corona. Napoleon hubiera obrado con justicia, si quitando la corona á Fernando VII se la hubiese devuelto á Carlos IV. Pero miraba la presencia de éste como indispensable para oponer al derecho del hijo el del padre, lo cual no creaba el derecho de Bonaparte, pero ponía á todos los derechos en tal estado de confu-